

AMOR

ANTOLOGÍA COLECTIVA DE POESÍA



DISTURÍ 10

Amor. Antología colectiva de poesía
Primera edición
ISBN 978-956-09224-2-7

Imagen de portada: Gaspar Álvarez
Colección Antologías
Editorial Bisturí 10
editorialbisturi10@gmail.com
www.bisturi10.com

Impreso en Andros Impresores
Santiago de Chile, 2019

AMOR

ANTOLOGÍA COLECTIVA DE POESÍA

N. DE LA E.: Para la confección de esta antología, se mantuvieron ciertas decisiones de estilo, propias de cada autor –por ejemplo, el uso de guiones, espacios y puntuación–. Sin embargo, se actualizó la ortografía. Al final, se consignan las fuentes de todos los textos que conforman el conjunto. Agradecemos a quienes tradujeron poemas, a pedido de la editorial, para este volumen (Kurt Folch, Macarena García Moggia, Mónica Drouilly Hurtado) y a los 50 autores que hicieron de esta selección una labor colectiva.

AMOR. ANTOLOGÍA COLECTIVA DE
POESÍA contiene 50 poemas de
amor escogidos por 50 autores:
Silvio Mattoni, Valeria Tentoni,
Florencia Smiths, Mónica Drouilly
Hurtado, Soledad Fariña, Mike
Wilson, Alejandra Costamagna,
Alia Trabucco, Verónica Zondek,
Federico Falco, Mario Montalbetti,
Roger Santiváñez, Gabriela Cabe-
zón Cámara, Federico Galende,
Ezequiel Zaidenweg, Chus Pato,
Andrés Claro, Carlos Soto Román,
Macarena García Moggia, Natalia
Litvinova, Carlos Cociña, Merce-
des Roffé, Tamara Kamenzain,
Elvira Hernández, Sergio Rojas,
Patricio Grinberg, Alicia Genovese,
Alejandro Zambra, Rodrigo Ola-
varría, Kurt Folch, Claudia Masin,
Enrique Winter, Rachel Blau
DuPlessis, Claudio Morandini,
Charles Bernstein, Claudia Ulloa
Donoso, Eliana Ortega, Verónica Ji-
ménez, Soledad Marambio, Nadia
Prado, Marcelo Guajardo Thomas,
Daniela Catrileo, Daniela Escobar,
Tania Favela, David Villagrán
Ruz, Diego Alfaro Palma, Víctor
López Zumelzu, Rocío Cerón,
Lisa Robertson, Marcela Labraña.



Cuando era chico –bueno, no tan chico en verdad– solía copiar libros enteros o pasajes enteros de libros que yo amaba para mi novia, a quien amaba. Hubiera podido enviarle los libros, pero le enviaba las copias, escritas por mi mano. Mi intención tal vez fuera decirle que la amaba enviándole, copiados por mi mano, los libros y los pasajes de los libros que yo amaba.

EMMANUEL HOCQUARD

Tantas paredes entre tú y yo. La nostalgia,
exhausta, no llega hasta ti. No ve cómo se te va haciendo
vida, en lugares y en momentos que son verdad aguda,
no deshechos como su desesperación. Perro
pródigo de desconcierto brutal, se lanza a revolcarse
por el polvo de un verano sin remedio.
Oh, para la sed demasiado confusa, un solo
hilo de agua, un solo recuerdo tuyo a cada instante,
hasta que me seas devuelta.

Gabriel Ferrater, «Tro vos mi siatz renduda»
[escogido por Silvio Mattoni]

Nos acostamos dándonos la espalda. Las cortinas
suben y bajan
como el pecho de alguien que duerme.
El viento mueve las hojas del viejo boj,
mostrando sus claros reversos
al dar la vuelta todas a la vez
como un banco de peces.
De pronto, comprendo que soy feliz.
Durante meses este sentimiento
se ha estado acercando, ha permanecido
en breves visitas como un tímido pretendiente.

Jane Kenyon, «El pretendiente»
[escogido por Valeria Tentoni]

Un amor más allá del amor
por encima del rito del vínculo,
más allá del juego siniestro
de la soledad y la compañía.

Un amor que no necesite regreso,
pero tampoco partida.
Un amor no sometido
a los fogonazos de ir y de volver,
de estar despiertos o dormidos,
de llamar o callar.

Un amor para estar juntos
o para no estarlo,
pero también para todas las posiciones intermedias.
Un amor como abrir los ojos.
Y quizás también como cerrarlos.

Roberto Juarroz
[escogido por Florencia Smiths]

Me gusta tocar tus tatuajes en completa
oscuridad, cuando no los puedo ver. Estoy segura
de dónde están, sé de memoria las líneas
puras y livianas que laten justo encima
de tu pezón, puedo encontrar, como por instinto, los remolinos
azules de agua en tu hombro donde una serpiente
se tuerce, frente a un dragón. Cuando te arrastro

hacia mí, llevándote hasta que estemos agotados
y tranquilos en las sábanas, me encanta besar
las imágenes de tu piel. Durarán hasta
que te conviertas en cenizas; así persista
o se vuelva dolor lo nuestro, aún
estarán allí. Tal permanencia es aterradora.
Así que los toco en la oscuridad; pero los toco, probándolos.

Kim Addonizio, «Primer poema para ti»
[escogido por Mónica Drouilly Hurtado]

Gracias querida mía

viniste, e hiciste bien en venir
te necesitaba,
has hecho arder el amor en mi corazón

¡Bendita seas!

Te bendigo tanto como interminables
me han parecido las horas

mientras no estabas.

Safo
[escogido por Soledad Fariña]

La manera en que un cuervo
Dejó caer en mi frente
Polvo de nieve
Desde lo alto de un abeto

Trajo a mi corazón
Un ánimo distinto
Y de un día perdido
Cierta brillo salvó.

Robert Frost, «Polvo de nieve»
[escogido por Mike Wilson]

Ambos están convencidos
de que los ha unido un sentimiento repentino.
Es hermosa esa seguridad,
pero la inseguridad es más hermosa.

Imaginan que como antes no se conocían
no había sucedido nada entre ellos.
Pero ¿qué decir de las calles, las escaleras, los pasillos
en los que hace tiempo podrían haberse cruzado?

Me gustaría preguntarles
si no recuerdan
—quizá un encuentro frente a frente
alguna vez en una puerta giratoria,
o algún «lo siento»
o el sonido de «se ha equivocado» en el teléfono—,
pero conozco su respuesta.
No recuerdan.

Se sorprenderían
de saber que ya hace mucho tiempo
que la casualidad juega con ellos,
una casualidad no del todo preparada
para convertirse en su destino,
que los acercaba y alejaba,
que se interponía en su camino
y que conteniendo la risa
se apartaba a un lado.

Hubo signos, señales,
pero qué hacer si no eran comprensibles.
¿No habrá revoloteado
una hoja de un hombro a otro
hace tres años
o incluso el último martes?

Hubo algo perdido y encontrado.
Quién sabe si alguna pelota
en los matorrales de la infancia.

Hubo picaportes y timbres
en los que un tacto
se sobrepuso a otro tacto.
Maletas, una junto a otra, en una consigna.
Quizá una cierta noche el mismo sueño
desaparecido inmediatamente después de despertar.

Todo principio
no es más que una continuación,
y el libro de los acontecimientos
se encuentra siempre abierto a la mitad.

Wisława Szymborska, «Amor a primera vista»
[escogido por Alejandra Costamagna]

Perdidos en la niebla
el colibrí y su amante.
Dos piedras lanzadas por el deseo
se encuentran en el aire.

La retama está viva,
arde en la niebla,
habitada.

Blanca Varela, «Bodas»
[escogido por Alia Trabucco]

Mi mirada cansada retrocedió desde el bosque azulado por el sol hasta la mantis religiosa que permanecía inmóvil a 50 cm de mis ojos. Yo estaba tendido sobre las piedras calientes de la orilla del

Chanchamayo

y ella seguía allí, inclinada, las manos contritas, confiando excesivamente en su imitación de ramita o palo seco. Quise atraparla, demostrarle que un ojo siempre nos descubre, pero se desintegró entre mis dedos como una fina y quebradiza cáscara.

Una enciclopedia casual me explica ahora que yo había destruido a un macho

vacío.

La enciclopedia refiere sin asombro que la historia fue así: el macho, en su pequeña piedra, cantando y meneándose, llamando hembra

y la hembra ya estaba aparecida a su lado, acaso demasiado presta y dispuesta.

Duradero es el coito de las mantis.

En el beso

ella desliza una larga lengua tubular hasta el estómago de él y por la lengua le gotea una saliva cáustica, un ácido, que va licuándole los órganos y el tejido del más distante vericuerdo interno, mientras le hace gozo, y mientras le hace gozo la lengua lo absorbe, repasando la extrema gota de sustancia del pie o del seso, y el macho se continúa así de la suprema esquizofrenia de la cópula a la muerte.

Y ya viéndolo cáscara, ella vuela, su lengua otra vez lengüita.

Las enciclopedias no conjeturan. Esta tampoco supone qué última palabra

queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta del macho.

Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra de agradecimiento.

José Watanabe, «La mantis religiosa»
[escogido por Verónica Zondek]

¿Estás curada o solo crees que estás curada?

Me dije que
de la nada,
nada podía sacarse.

¿Pero todavía puedes amar a alguien?

Cuando me siento a salvo, puedo amar.

¿Pero tocarás a alguien?

Me dije que
si no tenía nada,
el mundo no podía tocarme.

En la bañera, observo mi cuerpo.
Se supone que es lo que tenemos que hacer.

¿Y también tu cara?
¿Tu cara en el espejo?

Estaba alerta: cuando me tocaba,
no sentía nada.

¿Entonces estabas a salvo?

Nunca estuve a salvo, ni siquiera cuando más escondida estaba.
Incluso entonces estaba esperando.

¿Y no podías protegerte?

Lo absoluto
desgasta; el límite, el muro
que hay en torno al yo desgasta.

Si estaba esperando, había sido
invadida por el tiempo.

¿Pero crees que eres libre?

Creo que reconozco las pautas de mi carácter.

¿Pero crees que eres libre?

No tenía nada
e igual cambié.
Me quitaron mi insensibilidad
como un traje. Después
vino el ansia.

Louise Glück, «Tierra mutable»
[escogido por Federico Falco]

Desciende la paloma y rompe el aire
Con fuego de incandescente terror
Del cual las lenguas declaran

El único descargo del pecado y el error.
La única esperanza o desesperación
 Consiste en la elección de pira o pira—
 Para que el fuego del fuego nos redima.

¿Quién, entonces, elaboró el tormento? Amor.
Amor es el Nombre inesperado
Detrás de las manos que tejieron
La insufrible camisa de fuego
Que ningún poder humano puede despojar.
 Solo vivimos, solo suspiramos
 consumidos por fuego o fuego.

T. S. Eliot , «Little Gidding, IV»
[escogido por Mario Montalbetti]

Para hacer el amor
debe evitarse un sol muy fuerte sobre los ojos de la muchacha,
tampoco es buena la sombra si el lomo del amante se achicharra
para hacer el amor.
Los pastos húmedos son mejores que los pastos amarillos
pero la arena gruesa es mejor todavía.
Ni junto a las colinas porque el suelo es rocoso ni cerca de las
aguas.
Poco reino es la cama para este buen amor.
Limpios los cuerpos han de ser como una gran pradera:
que ningún valle o monte quede oculto y los amantes
podrán holgarse en todos sus caminos.
La oscuridad no guarda el buen amor.
El cielo debe ser azul y amable, limpio y redondo como un techo
y entonces
la muchacha no verá el Dedo de Dios.
Los cuerpos discretos pero nunca en reposo,
los pulmones abiertos,
las frases cortas.
Es difícil hacer el amor pero se aprende.

Antonio Cisneros, «Contra la flor de la canela»
[escogido por Roger Santiváñez]

Hay árboles sin nombre
me decís mientras extendés tu mano
por sobre la hamaca paraguaya,
dejando apenas ver la punta de tu nariz.

–Todos los árboles tienen un nombre
te respondo mientras dejo que tu mano
dibuje el vacío.

Ese árbol que no señalás, pero sé que es
el que mirás,
podría tener el nuestro,
pienso.
El nombre de esta relación que no empezó,
el nombre de esa mano que no agarro
el nombre no dicho de la que nos unió.

El nombre del lugar donde no me besarás
el del sitio que no conoceremos juntos.

Tu nombre real por ejemplo
que no recuerdo, mientras
me hablás mirando las estrellas
de hamaca paraguaya
a hamaca paraguaya.

(Todos los árboles se llaman de algún modo o no existen. O se llaman simplemente árbol. Que ya no es nunca más un genérico sino el nombre de lo que no fue.)

Gabriela Borrelli Azara
[escogido por Gabriela Cabezón Cámara]

Tanto he soñado contigo que te vuelves irreal.
¿Tengo tiempo aún para tocar ese cuerpo vivo
y besar en esa boca el nacimiento de la voz que quiero?
Tanto he soñado contigo que mis brazos
acostumbrados a cruzarse sobre mi pecho como si abrazaran tu
sombra
tal vez no se ajusten nunca más al contorno de tu cuerpo
y que ante la apariencia que me posee y me gobierna
desde hace tantos días y años, me convierta yo mismo en una
sombra.

¡Ah, los balances sentimentales!

Tanto he soñado contigo que ya es muy tarde para despertar.
Duermo de pie, abierto a todas las formas de la vida y del amor,
pero a ti,
lo único que hoy cuenta para mí, no puedo tocarte la frente y los
labios
como toco la frente y los labios de la primera que pasa.
Tanto he soñado contigo, tanto he caminado, tanto he hablado,
tanto he dormido, con tu fantasma, que tal vez no me quede otra
que volverme un fantasma entre los fantasmas
y ser cien veces más sombra que la sombra
que se pasea alegremente y seguirá paseándose
por el reloj solar de tu vida.

Robert Desnos, «A la misteriosa»
[escogido por Federico Galende]

Todos los nuevos pensamientos son acerca de la pérdida.
En eso se parecen a todos los viejos.
La idea, por ejemplo, de que cada detalle
borra la luminosa claridad de una idea general. De que ese pájaro
carpintero con cara de payaso, que está horadando la corteza

muerta

y ya tallada de ese abedul negro, por su sola presencia,
es una suerte de desprendimiento trágico de un mundo

primigenio

hecho todo de luz indivisa. O aquel otro concepto
de que como no existe en este mundo nada
que equivalga a la zarza de la *mora*,
toda palabra es elegía de lo que significa.
Anoche, tarde, hablábamos con un amigo de eso,
y había en su voz un dejo de tristeza, un tono
casi quejumbroso. Después de un rato comprendí que
cuando se habla de esta forma todo termina disolviéndose:

justicia,

pino, mujer, cabello, vos y yo. Pensé en una mujer
con la que hacía el amor, y me acordé de cómo, algunas veces
al agarrarle los pequeños hombros con las manos,
sentía un violento asombro ante su presencia,
como una sed de sal, del río de mi infancia,
con sus islas de sauces, la música pueril de la lancha de paseo,
las zonas pantanosas en las que capturábamos
aquellos pececitos color naranja y plata
que se llamaban *peces sol*. Nada tenía que ver con ella.
Anhelo, le decimos, porque el deseo está lleno
de infinitas distancias. Me parece que yo fui lo mismo para ella.
Pero me acuerdo tanto de la forma en que sus manos partían el

pan,

o aquello que su padre le dijo que la había lastimado,
las cosas que soñaba. Hay algunos momentos en que el cuerpo
y las palabras
son igualmente numinosos, días que son como la continuación de
la carne.

Tanta ternura, de esas tardes y esas noches,
diciendo *mora, mora, mora, mora*.

Robert Hass, «Meditación en Lagunitas»
[escogido por Ezequiel Zaidenweg]

Amor es rescatarte
de la cárcel del nombre.

He aquí el río de nosotros que compara
rumor y delicia ferviente con la caducidad
y las superficies más ásperas de los últimos días.
He aquí lo que es semejante al fuego y es humor,
y, contentándose con la abolición de la gramática,
renace en canción repetida desde el principio de los
líquidos.

He aquí el río sin compás, el río que niega sístole y diástole;
río confuso
como opacos son los rescoldos del sueño.

Ven, río contra arquitrabe, enemigo de la máquina,
antagónico del número celeste;
apártame, río, de lo que guía y da orden prevista.
Libérame en burbujas y descubre
el pus de cosas mil exiliadas del verbo.

He aquí el visco que a mí desata
y me aísla y me libra y me condena
a vagar sin documentos más allá de los arrabales.

Amiga, la suspensión de tu nombre y de sus propiedades cifradas
te devuelve a mí, informe,
y, como los ríos, errónea;
como el zumbido de los insectos del estío, permanentemente.
Así, amiga, vences, entibias, segregas,
te dispones para los espasmos y me avisas de la muerte:
ese ceder a la fuerza
charlatana del río contra la nata de los cuarzos,
los dioses y las palabras.

He aquí el río en el que quienquiera que intente
formar raptos, sostenimiento, signos,
no cogerá otra cosa que una coz en el estómago
y la tristeza antiquísima de sentirse disuelto.

He aquí el río Sorga
que corre por el medio de Petrarca y de Char
y al cual mi verso le pone como un puente viejo
a su paso por la parroquia de Mourillós.

Xosé Luís Méndez Ferrín, «Sorga»
[escogido por Chus Pato]

El arte de perder no es arduo arte.
Tantas cosas dejan ver la intención de
perderse, que en perderlas no hay desastre.

Pierde algo cada día. Acepta el lastre
de llaves extraviadas, la hora ausente.
El arte de perder no es arduo arte.

Practica, pierde veloz, sin descarte:
nombres, dónde era que tenías en mente
viajar. En nada de ello habrá desastre.

Perdí el reloj de mi madre. El desgaste
cerró una casa amada y la siguiente.
El arte de perder no es arduo arte.

Perdí ciudades. Y por que no baste:
dominios, dos ríos, un continente.
Los añoro, pero no fue desastre.

–Incluso al perderte a ti (el talante
que amo) no he de mentir. Es evidente:
no es arte de perder tan arduo arte
aunque parezca (*¡dilo!*) que es desastre.

Elizabeth Bishop, «Único arte (villanelle)»
[escogido por Andrés Claro]

tu cara apartándose de la mía
para no irte

8 frutillas en un bol azul mojado

papá sujetándose los pantalones
en el punto de control

una recién casada amarrando su moño
con pinches burdeos

una muralla sin clavos
para que los fantasmas la atraviesen

Solmaz Sharif, «Estudio de vulnerabilidad»
[escogido por Carlos Soto Román]

Hablar cansa: es indecible lo que es
Como se sabe: la realidad no es verbal
(cansa el cansancio de decir esto mismo)
De las palabras se retira el ser
como de la crecida inminente del río
los animales que, realmente, lo saben
a diferencia de los orilleros humanos
Somos las víctimas de una falsa ciencia
los practicantes de una superstición:
la palabra: este río a cuya orilla
como el famoso camarón nos dormimos
virtualmente ahogados en la nada torrencial
Incapaces, incluso, de saber qué corriente
y hacia dónde nos lleva
si todavía cabe pensar en un sujeto
el verbo ir y como complemento
un lugar que no hay — aunque se diga —
en el adverbio donde y el hacia qué denota
en el hablar de nada (siempre se habla de nada)
— lo dice la gramática — la dirección del movimiento
reducido, también, a un simulacro.

Tú y yo hablamos del amor.

Enrique Lihn, «La realidad no es verbal»
[escogido por Macarena García Moggia]

Me gusta saber que no estás loco por mí
y que yo no estoy loca por vos,
que el pesado globo terrestre
no se derrumbará bajo nuestros pies.
Me gusta que pueda ser ridícula y desenfadada
sin temerle a las palabras,
que no tenga que sonrojarme
cuando se rocen nuestras manos.

Me gusta que puedas abrazar
a otra mujer delante de mí
y que no me mandes al infierno
por besarme con otro.
Y que no me llames cariñosamente
ni en la noche ni en el día.
Y que nunca, en el silencio de una iglesia,
nos cantarán el Aleluya.

Con la mano en el corazón te doy las gracias
por amarme tanto sin saberlo siquiera,
por mis noches tranquilas
los escasos encuentros
y los no paseos bajo la luna,
por el sol que no existe encima de nosotros,
por no estar loco por mí,
por no estar yo loca por vos.

Marina Tsvietáieva
[escogido por Natalia Litvinova]

Entonces, cuando nos unimos, me volví más tímida. Me volví completa, gozosa, y más tímida. Puede que haya brillado más, reflejado más, y desde muy dentro de mí surgió un resplandor que me atravesaba, pero yo no estaba jugando, ahora. Me sentía como alguien pequeño, debajo de las vigas de una Iglesia, o en una catedral, los espacios abovedados del cuerpo como un bosque sagrado. Estaba quieta cuando no estaba haciendo esos sonidos metálicos, orbitales, oxidados, los sonidos de acabar, en la bisagra de la materia con lo que sea que no es materia. Él me lleva a acabar y acabar, como a otro mundo en el centro de este, y después, si él empieza a acabar cuando estoy descansando siento un asombro inmenso, casi siento miedo, a veces por un momento siento que no me debería mover, ni hacer ningún ruido, como si él estuviera solo, ahora, aullando en una tierra salvaje, y sin embargo sé que estamos en este lugar juntos. Pensé, ahora es el momento en el que podría volverme más amorosa, y mis manos lo acariciaron tímidamente, secretas como el cielo, y mi boca habló, y en la voz de mi amado, por los huesos de mi cabeza, gimieron campos, y me uní a él otra vez, ni tímida, ni osada, liberada, entrando al verdadero hogar, donde los árboles se inclinan hacia la tierra y sin embargo siguen de pie, entonces estábamos acostados jadeando, como a salvo de un desastre, y por instantes sin fin, sucedió algo sobre lo que había oído hablar, se me ocurrió

que no sabía que era ajena
a este hombre, no sabía que estaba sola.

Sharon Olds, «La timidez»
[escogido por Carlos Cociña]

I

Una noche
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas.

Una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas
fantásticas,

a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda,
muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas.

Y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,
y tu sombra
fina y lánguida
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban.

Y eran una
y eran una
y eran una sola sombra larga
y eran una sola sombra larga
y eran una sola sombra larga...

II

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro,
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
y se oían los ladridos de los perros a la luna,

a la luna pálida
y el chillido
de las ranas...

Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.

Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
era el frío de la nada.

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola
iba sola por la estepa solitaria.

Y tu sombra esbelta y ágil
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes, y de músicas
de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las
almas!...

¡Oh las sombras que se buscan en las noches de negruras y de lágrimas!...

José Asunción Silva, «Nocturno III»
[escogido por Mercedes Roffé]

Cuando un hombre y una mujer que se han amado se separan
se yergue como una cobra de oro el canto ardiente del orgullo
la errónea maravilla de sus noches de amor
las constelaciones pasionales
los arrebatos de su indómito viaje sus risas a través de las piedras
sus plegarias y cóleras
sus dramas de secretas injurias enterradas
sus maquinaciones perversas las cacerías y disputas
el oscuro relámpago humano que aprisionó un instante el furor
de sus cuerpos con el lazo fulmíneo de las antípodas
los lechos a la deriva en el oleaje de gasa de los sueños
la mirada de pulpo de la memoria
los estremecimientos de una vieja leyenda cubierta de pronto
con la palidez de la tristeza y todos los gestos del abandono
dos o tres libros y una camisa en una maleta
llueve y el tren desliza un espejo frenético por los rieles de
la tormenta
el hotel da al mar
tanto sitio ilusorio tanto lugar de no llegar nunca
tanto trajín de gentes circulando con objetos inútiles o
enfundadas en ropas polvorientas
pasan cementerios de pájaros
cabezas actitudes montañas alcoholes y contrabandos informes
cada noche cuando te desvestías
la sombra de tu cuerpo desnudo crecía sobre los muros hasta el
techo
los enormes roperos crujían en las habitaciones inundadas
puertas desconocidas rostros vírgenes
los desastres imprecisos los deslumbramientos de la aventura
siempre a punto de partir
siempre esperando el desenlace
la cabeza sobre el tajo
el corazón hechizado por la amenaza tantálica del mundo

Y ese reguero de sangre
un continente sumergido en cuya boca aún hierve la espuma de los

días indefensos bajo el soplo del sol
el nudo de los cuerpos constelados por un fulgor de lentejuelas
insaciables
esos labios besados en otro país en otra raza en otro planeta en otro
cielo en otro infierno
regresaba en un barco
una ciudad se aproximaba a la borda con su peso de sal como un
enorme galápago
todavía las alucinaciones del puente y el sufrimiento del trabajo
marítimo con el desplomado trono de las olas y el árbol
de la hélice que pasaba justamente bajo mi cucheta
este es el mundo desmedido el mundo sin reemplazo el mundo
desesperado como una fiesta en su huracán de estrellas
pero no hay piedad para mí
ni el sol ni el mar ni la loca pocilga de los puertos
ni la sabiduría de la noche a la que oigo cantar por la boca de las
aguas y de los campos con las violencias de este planeta
que nos pertenece y se nos escapa
entonces tú estabas al final
esperando en el muelle mientras el viento me devolvía a tus brazos
como un pájaro
en la proa lanzaron el cordel con la bola de plomo en la punta y el
cabo de Manila fue recogido
todo termina
los viajes y el amor
nada termina
ni viajes ni amor ni olvido ni avidez
todo despierta nuevamente con la tensión mortal de la bestia que
acecha en el sol de su instinto
todo vuelve a su crimen como un alma encadenada a su dicha y
a sus muertos
todo fulgura como un guijarro de Dios sobre la playa
unos labios lavados por el diluvio y queda atrás
el halo de la lámpara el dormitorio arrasado por la vehemencia
del verano y el remolino de las hojas sobre las sábanas vacías
y una vez más una zarpa de fuego se apoya en el corazón de su
presa

en este Nuevo Mundo confuso abierto en todas direcciones
donde la furia y la pasión se mezclan al polen del Paraíso
y otra vez la tierra despliega sus alas y arde de sed intacta y sin
raíces
cuando un hombre y una mujer que se han amado se separan.

Enrique Molina, «Alta marea»
[escogido por Tamara Kamenszain]

Le he encontrado en el sendero.
No turbó su sueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
pero abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada
y al mirarme se le ha vuelto
grave el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.
¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas.
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;

desde que lo vi cruzar
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada.
¡Pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

Gabriela Mistral, «El encuentro»
[escogido por Elvira Hernández]

Vuelve otra vez y tómame,
amada sensación retorna y tómame –
cuando la memoria del cuerpo se despierta,
y un antiguo deseo atraviesa la sangre;
cuando los labios y la piel recuerdan,
cuando las manos sienten que aún te tocan.

Vuelve otra vez y tómame en la noche,
cuando los labios y la piel recuerdan...

Konstantinos Kavafis, «Vuelve»
[escogido por Sergio Rojas]

El caballo montó a la yegua lenta y precisamente
y después paró.

Le molestaba profundamente una hebra de paja.

Lo distraía profundamente el triste juguete
dado vuelta en el árbol.

Lo desconcentraba profundamente media nube
por el rabillo húmedo del ojo.

Y después siguió.

Nada se les olvida a los amantes
excepto quiénes son.

Mary Ruefle, «Acerca de la existencia esencial»
[escogido por Patricio Grinberg]

[1]

¿Por qué has venido
a perturbar mi ocaso?
Soy vieja (vieja fui hasta que llegaste);

la más roja de las rosas se despliega
(lo cual es irrisorio
en esta época, en este sitio;

es impropio, imposible
y aun ligeramente escandaloso),
la más roja de las rosas se despliega;

(y eso, nadie puede detenerlo,
ninguna inmanente amenaza del aire,
ni aun el mal tiempo

que estraga nuestra fruta de verano),
la más roja de las rosas se despliega
(tendrán que tomarlo en cuenta).

[2]

Llévame dondequiera, dondequiera;
en ti me adentro,
Dogo¹ — Venecia —,

toda mi hacienda eres tú;
me escondería en tu cabeza
como un niño en un ático

¹ Título de la nobleza veneciana (N. del T.).

y, allí, ¿qué encontraría?:
¿religión o magia? — ¿ambas? ¿ninguna?
¿la una o la otra?, juntas, afines,

acopladas, exactamente iguales,
iguales en poder, juntas aunque separadas,
el ámbar de tus ojos.

[8]

¿eres tú?
¿es alguna estruendosa manada
de novillos, de toros? ¿es solo uno?

¿son muchos?
voces del pasado, del futuro,
hasta aquí, no más allá,

ahora, el total abatimiento;
¿alguna vez estuviste en este sitio?
¿alguna vez estuviste en este cuarto?

¿cómo pude resistir tu presencia,
y después, una vez sola,
en un lugar extraño junto a otros,

palabras tontas las mías,
y tú que no querías beber nuestro vino
(«¿jugo de frutas entonces?» — «sí»),

y tú que no querías tocar nuestra sal
— y almendras, nueces — ¿qué sucedía?
habías llegado tan tarde,

¿por qué no llegaste antes?
mejor no hubieras llegado

¿por qué has venido
a perturbar mi ocaso?
soy vieja
(vieja fui hasta que llegaste)

H. D., «Rosa roja y un mendigo (agosto 17-septiembre 24, 1960)»
[fragmento]
[escogido por Alicia Genovese]

Persistirá la cicatriz de la vacuna
y el lunar del cuello y de la axila.
Persistirán las marcas de tirantes
tras los pechos y en la piel
de la cintura, bajo el ombligo.
Mas no la medialuna,
el bocado del jabalí, la nube rota,
la garra del tigre, el coral y la joya.
Las amorosas huellas debidas
el arte de mis dientes y mis uñas.

Gonzalo Millán, «Kamasutra»
[escogido por Alejandro Zambra]

Yo puedo pronunciar tu nombre hasta perder el conocimiento, hasta olvidarme de mí mismo; hasta salir enloquecido y destrozado, lleno de sangre y ciego a perderme en las suposiciones y en las alucinaciones más torturantes. Todo me persigue con tu nombre. Tu imagen aparece a cada instante debajo de todas las imágenes, de todas las representaciones.

Nada puede hacerme sufrir más que el espectáculo del amor. Yo solo, frente al mundo, fuera del mundo, en el mundo intermedio de la nostalgia fúnebre, de las aguas maternas, del gran claustro, del paraíso perdido; frente a ti lejos, tan lejos que ya nada puede salvarme, ni la muerte.

Me has arrojado por debajo de mí mismo: las palabras se van acumulando; hay palabras de las que ya no se vuelve, que se abre una brecha por la que se introducen el veneno y la tristeza de muerte; la desolación total, la soledad, el abandono definitivo.

Encerrado dentro de mí, solo con el recuerdo que me persigue noche y día sin reposo. Ya no puedo acordarme de cuando sonreías, ahora apareces alejándote y con una mirada que yo no hubiera querido conocer. Ya sé todo lo que nunca hubiera querido saber, lo que algunos hombres conocen solamente pocos instantes antes de su muerte. Y debo seguir viviendo sin esperanza, sin estímulo, sin ese pequeño espacio de refugio de descanso que todos necesitamos. Quizás más que nadie tenía necesidad yo de una tabla de salvación, de una última apariencia engañosa de la vida para seguir adelante, para salvarme de mí mismo y de la conciencia que del mundo y de la vida he tenido desde que pude darme cuenta de la vida.

Ahora, dónde ir, dónde volver la cara, a quién contar lo que puede sufrir un ser humano que a veces desconozco y que siento como un extranjero enloquecido dentro de una casa vacía. Qué puede reservarme la vida sino la repetición constante de un solo instante, del más amargo de los instantes. Cada nuevo día que viene no hace sino traerme la misma desesperación; mi primer pensamiento, al despertar, eres tú; el último, al dormir, eres tú. Y mi sueño no es sino una angustiada búsqueda de ti. Sueño que te vas, que me abandonas, como si pudiera abandonarse algo que

nunca se ha aceptado. Porque tú nunca me has aceptado, nunca has querido saber nada de mí. Apenas llegaste, ya no pude ver nada, salí despavorido tras de ti y así he continuado.

Ojalá fuera verdad el mito del alma que se vende al diablo. Ya la hubiera yo vendido por toda una eternidad para estar más cerca de ti, para tener la seguridad de verte siempre. Lo que me aterroriza de la muerte es saber que entonces no podré pensar en ti, que ya no vendrá tu recuerdo a torturarme; que mi ternura, mi pobre ternura rechazada no podrá envolverte en una mirada, en un anhelo infinito.

El cielo es azul, la vida es hermosa, el aire se vuelve respirable porque existes. Yo sé que la vida es hermosa aunque no la recuerdo, sé que el cielo es azul aunque no lo miro nunca, sé que puede ser más azul que nunca cuando tú sonríes. Tu sonrisa es lo más bello y humano que yo conozca. Cuando sonríes parece que todas las montañas del mundo tuvieran sol y árboles y que viniesen a tu encuentro a besar las huellas de tus pasos; parece que la noche se hubiera acabado para siempre y que ya solo la luz y el amor y una inocencia cósmica reinaran sobre el universo, donde los planetas y los astros no pueden compararse a ti sino como reflejos o emanaciones de tu presencia en el mundo. Ya que en tu poder está volver sombrío el día y hacer clara la noche y desencadenar lluvias tempestuosas y hacer gemir los elementos, ¿por qué no quieres transformarme en un pedazo de tu sombra, o en tu aliento o simplemente en una partícula de tu pensamiento? Si no quieres salvarme condéname a una muerte fulminante, condéname a la desaparición total, pero que no siga esta larga angustia, ese temor de cada día, de cada hora. Haz que vuelva al origen de mi vida, a la nada, y no vuelvas a crearme ni a traerme nuevamente a la vida ni siquiera bajo la forma de una piedra; aun así tendría la nostalgia insaciable de ti, la memoria de tu recuerdo. Dispérsame en el aire o en el fuego o en el agua o mejor en la nada, fuera del mundo.

Solo pido a la vida que nunca me deje un momento de reposo, que mientras haya un soplo de vida en mí, me torture y me enloquezca tu recuerdo, que cada día se me haga más odiosa tu ausencia y que por una fuerza incontenible me llegue a encerrar en una soledad

que no esté habitada sino por tu presencia. Ya no sé quién soy ni quién fui antes de conocerte. ¿Acaso yo existía antes de conocerte? No, no era sino el reflejo de la luz que iba llegando, de tu presencia que se acercaba. Persígueme, tortúrame, maldíceme, pero no me abandones a mi propia desesperación. Trata de comprender los sentimientos de un ser mortal que te venera, que siente un ansia irracional de confundirse contigo, que no conoce de la vida otra cosa que lo que tú le has enseñado; que sabe que el día es un largo período de siglos que parecen un instante cuando tu presencia se manifiesta; el resto del tiempo es noche. Manifiéstate a mí bajo tu apariencia humana; no tomes el aspecto del sol o de la lluvia para venir a verme; a veces me es difícil reconocerte en el rumor del viento o cuando en mis sueños adquieres el aspecto demasiado violento de una enorme piedra de basalto que rueda por el espacio infinito sin detenerse y me arrastra a la desolación de las playas muertas que la planta del hombre no había hollado aún; playas todas negras en que una montaña que ocupa todo el horizonte sostiene una reproducción del tamaño del cielo de tu cabeza tal como yo la conozco, tu cabeza rodeada de centellas y que despide un fuego tan terrible que a veces se propaga hasta las nubes e incendia el mundo. Pero basta el movimiento imperceptible de uno solo de tus músculos, el más pequeño para que todo vuelva a ser como nosotros creíamos que era, antes de que tu presencia se manifestara al mundo y antes de que yo fuera el primero y el último de tus adeptos, oh espíritu nocturno. Abrásame en tus llamas poderoso demonio; consúmeme en tu aliento de tromba marina, poderoso Pegaso celeste, gran caballo apocalíptico de patas de lluvia, de cabeza de meteoro, de vientre de sol y luna, de ojos de montañas de la luna. Gran vendaval, dispérsame en la lluvia y en la ausencia celeste, dispérsame en el huracán de celajes que arremolina tu paso de centella por la avenida de los dioses donde termina la Vía Láctea que nace de tu pene.

César Moro, «Carta IV»
[escogido por Rodrigo Olavarría]

1

por qué no simplemente no esperar
a ser ocasión de
un vertedero de palabras

¿no es mejor abortar que ser estéril?

después de tu partida las horas son tan tristes
siempre empiezan a rastras demasiado pronto
los garfios desgarrando con ceguedad el lecho de miseria
rescatando los huesos los amores antiguos
cuencas una vez llenas con ojos como tuyos
¿es mejor siempre demasiado pronto que jamás?
negra necesidad salpicando los rostros
diciendo una vez más nunca flotó lo amado nueve días
ni nueve meses
ni nueve vidas

2

diciendo una vez más
si no me enseñas tú no aprenderé
diciendo una vez más existe un último
atardecer de últimas veces
últimas veces de mendigar
últimas veces de amar
de saber no saber simular
un último atardecer de últimas veces de decir
si no me amas nunca seré amado
si no te amo ya no amaré nunca

un batir de palabras gastadas una vez más en el corazón
amor amor amor golpe de un émbolo antiquísimo
moliendo el suero inalterable
de las palabras

una vez más aterrado
de no amar
de amar pero no a ti
de ser amado y no por ti
de saber no saber simular
simular

yo y todos los otros que te amen
si te aman

3
a menos que te amen

Samuel Beckett, «Cascando»
[escogido por Kurt Folch]

Estás cayendo
como si el mundo fuera de agua
en el fondo
una ballena en su sueño
mamífero.
Una madre inmensa y movediza te traga
sin decir esta boca
es mía, esta es mi casa,
con su voz de sal que se disuelve
o se derrama en un reloj
donde el arriba y el abajo se confunden.
Estás cayendo muy alto.
Un desmoronamiento en la piel
de la culebra,
hay historias que te pesan
sin haberlas vivido.
Estás lejos de tu casa
que no es esta.
Tratando de errar todo camino,
llegar hasta un desierto
donde escuchar tu corazón.
Y aún la luna
te sostiene por un pelo.
Estás flotando como si cayeras
si el agua te soltara.
El fondo es infinito,
no hay caída
que detenga la caída.
Tiendo la mano
pero estás cayendo en otro lado.
Pero yo también estoy cayendo.

Tiendo mi corazón
vacío de recuerdos y no es cierto
que se pueda empezar como si nada
hubiera sucedido.

Como un animal mojado
tiendo mi corazón al sol,
llovió tanto
que no sé dónde estás.
Pasan maderas, gatos muertos,
carteles como restos
de un mundo que fingía
estar en orden.
No hay arriba ni abajo,
vas como un sonámbulo
que al tropezar camina
por el borde de un sueño.
Soñé que el amor era sencillo,
soñé que algo dejaba de moverse
alguna vez
por un minuto entero.
Que había un sitio
para cada cosa
que levanta una casa,
las llaves, la silla
está quemándose otra vez,
otra vez estaba distraída,
como siempre.
Te ofrezco el corazón como un lugar
donde pasar la noche.
Pero la nieve es una tentación,
caer hasta que sea un manto
el frío, hasta que no haya nada
que perder.
También la nieve cambia,
estás cayendo en la ilusión
de redimir con cada paso
el paso dado.
Estás ante una puerta que golpea
el viento.

Llegan los restos
de un naufragio
que el agua trae hasta mi casa.
Estás a la deriva
y yo como muy lejos
te grito cuando el agua tira
hacia adentro
hay que hacerse a un costado
de la corriente.
Te veo por momentos emerger
y hasta te veo
saludarme, como si fuera un juego
de equilibrio.
Es tu manera
de que algo quede fijo,
yo, por ejemplo, en el sitio
de la espera.
Te sumergís sabiendo en qué lugar
está la playa
como una madre de oros
infinitos,
como una leona
en su mirada mansa pero atenta
sostiene el universo.
No me creas
si no te pido nada.

Estás cayendo y en silencio
pedís que no te tenga
en cuenta,
sería un peso más.
Tiendo mi mano y toco agua.
Me tiendo, estoy cansada,
la canilla pierde,
prometiste arreglarla pero hablabas de una
casa

imaginaria
que siempre está cayendo
en tu memoria.
Estoy cansada de palabras
que no sirven
para que me entiendas.
Estoy cansada de tus silencios,
yo también estoy triste
a veces,
yo tampoco sé
cómo salir.
Tiendo la mano para no caer
pero estás detrás de un vidrio,
no escucho qué gritás,
a quién,
el agua borra tus rasgos,
no sé quién sos.
Pero tiendo la mano
y te reconozco como un ciego,
como un perro reconoce su casa
por el olor,
por el vacío que la circunda.
Porque tiendo la mano
imantada
encuentra tu mano, en la multitud
me está buscando.
Me está buscando
allí donde no estoy.

Me tiendo en la cama, hace frío,
yo tampoco tengo dinero,
la gata pregunta por vos,
le digo en cualquier momento cae,
en cualquier momento cae por acá.
Caés sobre mí como un gato cae
sobre su sombra sin saber

si es una víbora o el viento
agita el pasto.
No sé si hay cascabeles en este país,
no viví en el campo como vos,
yo tampoco tengo todas las respuestas.
Voy por la casa tendiendo la mano,
tocando cosas,
pero las cosas no me agarran
ni responde su quietud
por qué todo se mueve.
Tiendo la mano hacia el teléfono.
Estás cayendo
como si quisieras dominar
el vacío.
Como quien encuentra
la cuerda
de un funámbulo, a mitad de camino
pregunta qué hago
aquí.
O cómo
hasta ahora no caí
o qué mano me soltó de pronto.
Estamos sujetos a la realidad
por un hilo delgado,
me sorprende, una opinión común
construye el mundo,
me sorprende que exista
todavía
si no nos entendemos
vos y yo.

Estoy cayendo otra vez en conjurar
la ausencia con palabras.
Estoy cayendo en la trampa
que me tiende tu fuga,
me vuelvo un cazador

de imágenes
y no quiero perder
toda esperanza.
Soy yo ¿te acordás?
La que está cansada
pero se levanta.
La gata también se levanta,
me sigue a todas partes
como en mi casa
no sabés dónde ponerte.
Te ofrezco mi silla quemada,
mi máquina de escribir.
Pero no hay dónde recibir.
En el corazón deshabitado
nadie escucha,
nadie escucha que estoy golpeando
la puerta, dejame entrar,
estás durmiendo en el suelo,
estás
soñando y creés que estás cayendo.
Dejame entrar, soy yo,
la que tiene miedo de la ausencia.
Mi corazón también fue abandonado,
yo también abandoné mi corazón
alguna vez.
Dejame salir,
estoy encerrada en una cita,
y soy la que tiene miedo del encierro,
¿te acordás?
Llaman las amigas pero estoy cayendo
en la trampa de la espera,
ya no sé qué quería
yo.
Porque soy yo todavía,
la que llega siempre a casa
como después de un largo viaje

y encuentra que la casa se mueve
como un barco.

Pasó la tarde,
agazapada en su silencio,
como vos, la gata ve las cosas
de otra forma.

Tiendo la mano hacia el reloj,
ya no te espero, caigo en otra trampa.
Te espero en un lugar que no existe.

Soy yo la que no llega
a comprender que se vacía
lo lleno y viceversa.

Caés como el cangrejo
en un caracol vacío.

Como cae un caballo
celoso de su sombra,
la luna estaba
demasiado alta.

La ballena sueña con el hijo
que pueda separar la tierra
en dos cuando camina.

Tiendo la mano y solo encuentro algas,
minutos que se escurren
lamentos
del agua que es el alma
del mundo.

Soy yo la que lleva un cartel
de aquí se escucha
y todo el que ha perdido
el corazón,
como si fuera un caracol que canta
me lo tiende.

Menos vos.

Lo que une a dos personas
más tarde las separa.
No me imagines quieta
en un lugar,
no me imagines, soy yo.

No sé si estás cayendo
o ascendiendo en un camino
en el que es necesario despojarse.
Pero estás como arrancado
del jardín de tu casa,
trasplantado en mí.
Como si no tuvieras manos ni pies
sino raíces.
Pero en el agua.

Soy yo,
el fuego que no viste todavía.
Y nunca he visto un fuego sobre el agua.

Susana Villalba, «El cangrejo ermitaño»
[escogido por Claudia Masin]

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya
no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.

Idea Vilariño, «Ya no»
[escogido por Enrique Winter]

Están los aspectos femeninos,
El modo en el que se vive
Como el color del aire
Adentro
Y no solo

Adentro—. Mi única
Distinción es haber vivido
Mi vida adulta
Con una hermosa mujer, enciendo
La luz a veces para verla

Dormir— La joven que andaba
Al estilo indio— de puntas—
Con su pelo rubio
A través de los bosques

De Oregón
Ha cambiado el aspecto
De las cosas, todo está traspasado
Por su presencia aunque quisimos
Ninguna comodidad

Sino la visión de
Cualquier horror
Que pueda habernos
Hecho complemento
De la tierra, cualquier horror—

George Oppen
[escogido por Rachel Blau DuPlessis]

Cuando tu pensamiento me acompaña
en la oscuridad donde a veces me refugio
de los horrores del día, de dulzura
inmóvil me quedo como una estatua.

Luego me levanto, regreso a mi vida.
Todo se vuelve lejano, juventud, gloria;
el cuidado de los demás me resulta extraño.
Pero el pensamiento de que vives
me consuela de todo. Oh ternura
inmensa casi inhumana.

Umberto Saba, «Últimas cosas»
[escogido por Claudio Morandini]

Ubica *Te*
amo en algún
lugar entre
los dientes y
los ojos, muérde-
lo pero
cuídate de no
dañarlo, quieres
tanto y tan
poco. Las palabras
dicen todo.

Te
amo,
otra vez,
entonces para qué
es el vacío. Para
llenarlo, llenarlo.
Escuché palabras
palabras llenas
de orificios
que dolían. El discurso
es una boca.

Robert Creeley, «El lenguaje»
[escogido por Charles Bernstein]

puedo escribir
así
de ti
contigo
sin ti
tal vez
silbando
como quien no
quiere nada
nada nada nada nada nada nada
o llorando
o comiendo
o bebiendo
o muerto de hambre
resfriado
estornudando
gritando
criatura
que no canto
no pido
no deseo
sino un poco
de alegría
muñeco de las causas
imposibles
monstruo que el rayo ha convertido
en una sonrisa
puedo escribir así
sobre ti
y sobre mí
y nada más
qué tristeza
tú y yo
y nada más
y las calles doradas
de roma

y tú y yo
y nada más
y qué más puede haber
de tú y yo
y los ojos celestes
de roma además
pero qué inútil
tanta luz
entre dos
qué tristeza
tú y yo
y nada más
qué tristeza
escribir y escribir y escribir y escribir
de los dos
hay que ver
prueben
qué harían ustedes
en situaciones tan horrendas
en una habitación tan oscura
sin puertas y sin ventanas
pero claveteada por dentro
sellada por fuera
completamente cubierta de flores perfumadas como los
crisantemos los nardos y otras flores semejantes
una especie de sarcófago en suma
y qué harían ustedes
qué harían
si tuvieran una pierna
en lugar de una nariz
y caminaran con ella
día y noche al pie del tiber
pidiendo limosna a las nubes
desenterrando objetos llameantes
buscando a dios entre las patas
de una mesa

qué harían
a ver
qué harían entonces
seres con rabo
que la sombra
ha pisoteado
respondan temerosos
oh piadosos
maquinarias de rodillas
ante el gran dios fiat
si todo desapareciera bruscamente
por el ojo de la cerradura
del hotel ripetta
o ardieran vuestras propiedades
en un futuro silencio
de uranio
o llovieran carne y huesos
en el vaticano
escupieran pájaros los niños
cruzarán balas
deslumbrantes
flechas
de inusitado poder
afrodisíaco y purgante
y algo más
todavía
yo estúpido animal
avanzo siempre siempre
sin embargo
avanzo siempre siempre
hasta los últimos rincones
donde se orina el sol
se orina la luna llena
se orinan los borrachos
vocifera la mierda
aúlla la soledad

criaturas que arrastráis
un solo
largo
llanto
no tengo nada
nada que ofrecer
esta es la realidad
mi vida es humo
humo mi casa
y mis amigos
no reconozco
las dos huellas de mis pies
ni mis rodillas
en la arena
pero miro finalmente
el cielo arriba
el cielo abajo
arriba
abajo
arriba finalmente
fijamente
sin temor
ya no por el hueco de la cerradura
por donde miraba entonces
¿recuerdas pobre jorge?
a la puta del hotel
ripetta
creyendo que era celeste
ella también
magnitud ígnea
meteorito cuya caída
es el perfume
cuya memoria
es la memoria
de una joven en el trigo
y no era sino un hocico

pintado
dos bolsas de trapo
tres bolsas de trapo
seis bolsas de trapo
y un estómago sonoro
sonríó ahora ya
finalmente
he aquí mi oficio
pero cuánto me ha costado
he convertido en agua
mi paciencia
en pan
mi soledad
doy de comer
a los muros
de beber
a las sillas
me quema todo
y todo me congela
no sé leer
ni escribir
ni contar
y lo que es claro para todos
para mí es tinieblas
no sirvo para nada
ni para conversar
conmigo mismo
ni para devorar
la televisión
o el cine
no sirvo para nada
no soy nada
esto lo sé
pero cuando me despierto
cosa que hago siempre
antes que los demás

las estaciones brillan
y cuando estoy dormido
es el invierno
generalmente además
soy más alto de día
que de noche
aunque alto no sea
(yo no sé por qué
mi madre hablaba siempre
de mi padre
como de un caballo
grande y silencioso
como un perro
o de un perro grande
y silencioso
como un caballo
la verdad es que mi padre
era tan alto
y encendido
que me era difícil mirarlo
y cuando lo miraba
me caía el sol en la garganta)
pero de nada sirve
de nada sirve escribir
siempre sobre sí mismo
o de lo que no se tiene
o se recuerda solamente
o se desea solamente
yo no tengo nada
nada repito
nada que ofreceros
nada bueno sin duda
ni nada malo tampoco
nada en la mirada
nada en la garganta
nada entre los brazos

nada en los bolsillos
ni en el pensamiento
sino mi corazón sonando alto alto
entre las nubes
como un cañonazo.

Jorge Eduardo Eielson
[escogido por Claudia Ulloa Donoso]

Cada noche persigo un sueño como un ciervo
en la pradera. Como a él, apenas lo imagino;
o veo un ojo, el delicado filo de la ornamenta,
el flanco rojo que refulge y se pierde
entre los pastos del sudán.
Pero entonces apareció entero sobre el muro
de arena que bordea la laguna. La luna en el agua
lo volvía nítido contra el cielo.
Ella detrás, me miraba.
Empezó a cantar una canción. Rendida de
amor, y de terror, supe que su voz creaba
la mitad secreta del mundo.

Diana Bellessi
[escogido por Eliana Ortega]

Me amas—estás segura—
No temeré al error—
No despertaré engañada—
Una mañana radiante—
Para descubrir que el Amanecer se ha ido—
Que la Huerta—está desamparada—
¡Y que Dollie—se ha marchado!

Necesito confiar—en que estás segura—
Que nunca llegará esa noche—
En que asustada—corra a Tu casa
Y encuentre las ventanas oscuras—
Y nunca más Dollie—¿señas?—
¿Absolutamente ninguna?

Asegúrate de estar segura—tú sabes—
Lo soportaré mejor—
Si me lo dices ahora—
Que cuando—crecido el pequeño Bálsamo sin brillo—
Sobre este dolor mío—
¡Entierres tu lanceta—nuevamente!

Emily Dickinson, «156»
[escogido por Verónica Jiménez]

Vos sos mi cazador,
el que sabe correr,
el que sabe saltar.
¡Mirá que bien te vas
abriendo paso entre la muerte!
Vos sos Orión,
vuelto más fino el sentimiento
en la vejez de las galaxias.
Vos sos el que está vivo,
no el que está muerto.
Y yo soy la que te mira,
la que te busca en el cielo,
mientras te alejás ligero
con la flecha del verano.

Sonia Scarabelli, «Orión»
[escogido por Soledad Marambio]

La tempestad que sobre las hojas
duras del magnolio desata los largos truenos
de marzo y el granizo,

(en tu nocturno nido te sorprenden
los sones de cristal; de ese oro,
extinguido sobre caobas y aristas
de libros empastados, arde aún
un grano de azúcar en la piel
de tus párpados)

el relámpago que enciende
árboles y muros y los sorprende
en la eternidad de ese instante – mármol maná
y destrucción – que cincelado en ti
llevas como condena y que te une
a mí más que el amor, extraña hermana –

y después el rudo estallido, los sistros, el frémito
de panderetas sobre la fosa oscura,
el zapateo del fandango, y arriba
algún gesto tentativo...

Como cuando
te volviste hacia mí y con la mano, despejada
la frente de la nube de cabellos,

me saludaste – y entraste en las tinieblas.

Eugenio Montale, «La tempestad»
[escogido por Marcelo Guajardo Thomas]

Cuando quiera hablar de ti,
diré *nube*.
Y sobre el amor guardo ahora silencio.
Si quiero quejarme de mi miseria,
diré: hace *viento*.
Nos callaré.
Solo tú sabrás qué son las nubes
y qué muestran los vientos.

Eva Strittmatter, «Nube»
[escogido por Daniela Catrileo]

El preferido de mi corazón pronunció mi nombre
una tarde sin quebraduras.
Dijo «nunca cambiaría la casa de mi padre por ti».
Y yo soñaba que era el más grande
porque no lo vencía una muchacha.
Pero el asalto del mal astilló cada uno de los sueños
desató techos con soplidos de animal sacrificado.
El viento arrecia. Corren niños despavoridos.
El mundo fue tan grande como para perdernos.

Rosabetty Muñoz, «(Ya no vienes a iluminarme)»
[escogido por Daniela Escobar]

Voy contigo como tú otras veces
conmigo, acompaño el silencio
de la espera, los nervios se fijan
en el estómago, la cabeza se va,
imagina. Llevo el volante, freno
y acelero, me acurruco en el carril
angosto de las obras. Esta vida
elegida, compartida. Oigo dentro
tus poemas nuevos, los
que ahora dirá tu voz, resuenan
en su sintaxis, sus animales
y estaciones, los muertos comunes.
Tus ojos fluyen en tu voz, la piel
suave de tus manos. Voy contigo,
te escribo este poema de amor.

Miguel Casado
[escogido por Tania Favela]

Tengo dos vigías, mis oídos,
que constatan que Te amo,
y otros dos, mis ojos,
que constatan que Tú me miras.

Ningún pensamiento atraviesa mi intimidad
que no Te concierna.
Mi lengua no expresa nada, excepto Tu amor.

Si miro hacia el Este, Tú estás en el Oriente.
Si miro hacia el Oeste, Tú estás delante de mí.
Si miro hacia arriba, Tú estás sobre mí.
Si miro hacia abajo, Tú estás por todas partes.

Eres tú quien da a todo su lugar
sin localizarte en ninguno de ellos.
Tú estás en el Todo, pero no eres perecedero.

Eres mi corazón y mi espíritu,
mi conciencia y mi inspiración,
el ritmo de mi aliento,
el nudo de mi organismo.

Husayn Mansûr Hallâdj
[escogido por David Villagrán Ruz]

Me preparaste el té
mientras sacudía el agua de la campera.
Te agachaste para entrar en la cocina,
pero manejaste las tazas como si hubieran sido
las fontanelas de dos hijos pequeños
cuya foto va calzada en las caderas de tus jeans 501.
Hablamos de –¿qué? No mucho.
No ibas a saber cuánto me conmovió tu forma
de agarrar la cucharita,
de qué manera los tendones de tus manos anchas, adivinas
me dieron ganas de huir.

No hubieras sabido
cuando te inclinaste para cuidar una planta
que tu camisa se abrió apenas, como una sonrisa.
Separaste las hojas y arrancaste
un brote verde y diminuto. Mejor hacer eso
con los más nuevos, dijiste.
Pensé en la sal en el hueco
de tu brazo donde late una vena fina.
En cómo sería conocer
tus nudos, tus vetas, tu latido;
el crujido de las semillas de tu corazón.

Tiffany Atkinson, «Té»
[escogido por Diego Alfaro Palma]

Libre de envoltura
empiezas a flotar y a ascender
a través del humo de matorrales incendiados
e incineradores
las ramas deshojadas no te detendrán
ni las antenas de radares

Eres lo que el otoño sabía que iba a suceder
después del último colapso
de colores primarios
una vez que los últimos absolutos se hicieran pedazos
tú podrías empezar

Cómo te libraste, qué te envolvía
hasta este momento
no sé nada de eso
mi ignorancia de ti me asombra
ahora que te observo
empezar a entregarte
al viento

Adrienne Rich, «Noviembre 1968»
[escogido por Víctor López Zumelzu]

Como cristal, como crustáceo o larva,
Cuerpo voraz en otro cuerpo.

No vives sin su sangre.

Has ido violando
Con tus ventosas húmedas
Los puntos más secretos.

Te hiciste sierpe, noche,
Viscosidad, residuo
De cuanto el otro
De sí no habría
Podido nunca morir bastante.

José Ángel Valente
[escogido por Rocío Cerón]

Con la dulzura del tiempo nuevo
echan hojas los bosques, y los pájaros
cantan, cada uno en su latín,
según el ritmo del nuevo canto;
bien está entonces dirigirse
a aquello que más se desea.

Del lugar que más bello me parece
no veo mensajero ni carta sellada;
mi corazón no duerme ni ríe,
y no me atrevo a seguir adelante
hasta no estar seguro del resultado,
si será tal y como yo lo quiero.

A nuestro amor le ocurre igual
que a la rama del blancoespino,
que aterida está sobre el árbol,
de noche, bajo la lluvia helada,
hasta que al otro día el sol se extiende
por el verde follaje y los ramos.

Me acuerdo todavía de una mañana
en que pusimos fin a la guerra
y ella me dio este don tan grande:
su amor fiel y su anillo.
¡Ojalá Dios me deje vivir
hasta poner mis manos bajo su manto!

No me preocupo de extraños discursos
que buscan apartarme de mi Buen Vecino,
pues sé lo que les pasa a las palabras
por un breve proverbio que dice:
otros se vanaglorian de amor, pero nosotros
tenemos de él el pan y el cuchillo.

Guillermo de Aquitania, «X»
[escogido por Lisa Robertson]

en algún lugar al que nunca he viajado,gozosamente más allá
de cualquier experiencia,vive el silencio de tus ojos:
en tu gesto más tenue hay cosas que me encierran
o que no puedo tocar porque están demasiado cerca

tu mirada más leve me abrirá fácilmente
aunque me haya cerrado como se cierra una mano,en algún lugar
tú siempre me abres pétalo a pétalo como la primavera abre
(tocando hábil,misteriosamente)su primera rosa

o si tu deseo fuera cerrarme,yo y
mi vida nos cerraremos hermosamente,de repente,
como el corazón de esta flor cuando imagina
la nieve descendiendo cuidadosamente en todas partes;

nada de lo que puede percibirse en este mundo iguala
el poder de tu intensa fragilidad:su textura
me somete con el color de sus países,
dándome muerte y eternidad con cada respiración

(no sé qué hay en ti que cierra
y abre;solo una parte de mí entiende
que la voz de tus ojos es más profunda que todas las rosas)
nadie,ni siquiera la lluvia,tiene manos tan pequeñas

e. e. cummings
[escogido por Marcela Labraña]

FUENTES DE LOS POEMAS CITADOS

- Addonizio, Kim. «First Poem For You». *The Philosopher's Club*. Nueva York: BOA Editions, 1994. [Traducción del poema citado: Mónica Drouilly Hurtado]
- Aquitania, Guillermo de. «X». *Poesía completa*. Traducción de Luis Alberto de Cuenca. Sevilla: Editorial Renacimiento, 2007.
- Atkinson, Tiffany. «Té». *El hombre cuya mano izquierda pensaba que era un pollo*. Traducción de Inés Garland y Silvia Camerotto. Buenos Aires: Gog y Magog, 2013.
- Beckett, Samuel. «Cascando». *Obra poética completa*. Traducción de Jenaro Talens. Madrid: Hiperión, 2000.
- Bellessi, Diana. «Cada noche persigo un sueño...». *Tributo del mudo*. Buenos Aires: Ediciones Sirirí, 1982.
- Bishop, Elizabeth. «One Art (villanelle)». *The Complete Poems, 1927-1979*. Nueva York: Farrar, Strauss, Giroux, 1983. [Traducción del poema citado: Andrés Claro]
- Borrelli Azara, Gabriela. «Hay árboles sin nombre...». *Hamaca paraguaya*. Buenos Aires: Patronus Ediciones, 2019.
- Casado, Miguel. «Voy contigo como tú otras veces...». *El sentimiento de la vista*. Barcelona: Tusquets Editores, 2015.
- Cisneros, Antonio. «Contra la flor de la canela». *Agua que no has de beber*. Barcelona: Milla Batres, 1971.
- Creeley, Robert. «El lenguaje». *Autobiografía y otros textos*. Traducción de Germán Carrasco. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Cummings, E. E. «somewhere i have never travelled, gladly beyond». *Complete Poems: 1904-1962*. Edición de George J. Firmage. Nueva York: Liveright Publishing Corporation, 2013. [Traducción del poema citado: Marcela Labraña]
- Desnos, Robert. «A la Mystérieuse». *Oeuvres*. París: Gallimard, 1999. [Traducción del poema citado: Bruno Cuneo]
- Dickinson, Emily. «156». *The Complete Poems of Emily Dickinson*. Editado por Thomas H. Johnson. Boston: Little, Brown and Company, 1976. [Traducción del poema citado: Verónica Jiménez]

- Doolittle, Hilda (H. D.). «Rosa roja y un mendigo (agosto 17-septiembre 24, 1960)» [fragmento]. *Definición hermética*. Traducción de Ulalume González de León. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1997.
- Eielson, Jorge Eduardo. «Puedo escribir...». *Poesía escrita*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1976.
- Eliot, T. S. «Little Gidding, IV». *Cuatro cuartetos*. Edición bilingüe. Barcelona: Barral, 1971. [Traducción del poema citado: Mario Montalbetti]
- Ferrater, Gabriel. «Tro vos mi siatz renduda». *Mujeres y días*. Traducción de José María Valverde. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- Frost, Robert. «Polvo de nieve». *New Hampshire*. Nueva York: Henry Holt and Company, 1923. [Traducción del poema citado: Pablo Anadón]
- Glück, Louise. «Tierra mutable». *Vita nova*. Traducción de Mariano Peyrou. Valencia: Pre-Textos, 2014.
- Hallâdj, Husayn Mansûr. «Tengo dos vigías...». *Poemas de amor divino. Poemario sufí*. Traducción de Francisco F. Villalba. Madrid: Miraguano Ediciones, 1986.
- Hass, Robert. «Meditation at Lagunitas». *Praise*. Nueva York: Ecco Press, 1979. [Traducción del poema citado: Ezequiel Zaidenweg]
- Juarroz, Roberto. «55». *Poesía vertical I*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.
- Kavafis, Konstantinos. «Vuelve». *56 poemas*. Traducción de José María Álvarez. Madrid: Mondadori, 1998.
- Kenyon, Jane. «El pretendiente». *De otra manera*. Traducción de Hilario Barrero Díaz. Madrid: Pre-Textos, 2007.
- Levertov, Denise. «Poema de amor». *Cada verano el último verano*. Selección y traducción de Ezequiel Zaidenweg y Alejandro Crotto. Buenos Aires: Zindo & Gafuri, 2018.
- Lihn, Enrique. «La realidad no es verbal». *Al bello aparecer de este lucero*. Santiago: Lom Ediciones, 1997.
- Méndez Ferrín, Xosé Luís. «Sorga». *Poesía fundamental (1975-2005)*. Traducción de Eloísa Otero y Manuel Outeiriño. Madrid: Editorial Calambur, 2011.
- Millán, Gonzalo. «Kamasutra». *Trece lunas*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Mistral, Gabriela. «El encuentro». *Poesía reunida. Mi culpa fue la palabra*. Edición de Verónica Zondek. Santiago: Lom Ediciones, 2015.

- Molina, Enrique. «Alta marea». *Amantes antípodas*. Losada: Buenos Aires, 1963.
- Montale, Eugenio. «La tempestad». «*Una mañana, tal vez...*». Traducción de Pedro Pablo Rosso. Santiago: Ediciones UC, 2008.
- Moro, César. «Carta IV». *Obra poética*. Volumen I. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1980.
- Muñoz, Rosabetty. «(Ya no vienes a iluminarme)». *En lugar de morir*. Santiago: Cambio, 1986.
- Olds, Sharon. «La timidez». *La materia de este mundo*. Traducción Inés Garland e Ignacio di Tullio. Buenos Aires: Gog y Magog, 2015.
- Oppen, George. «Of this all things...». *New Collected Poems*. Editado por Michael Davidson. Nueva York: New Directions, 2008. [Traducción del poema citado: Kurt Folch]
- Rich, Adrienne. «Noviembre 1968». *Qué clase de tiempos son éstos. What Kind of Times Are These. 1950-2012*. Coordinación y selección de Eva Cruz. Traducciones de Flora Botton, Charlotte Broad, Eva Cruz, Marina Fe, Mónica Mansour, Mario Murgia y Argentina Rodríguez. Ciudad de México: Ediciones El Tucán de Virginia, 2014.
- Ruefle, Mary. «Acerca de la existencia esencial». *Por qué no beso bien*. Traducción de Ezequiel Zaidenweg. Buenos Aires: Zindo & Gafuri, 2018.
- Saba, Umberto. «Quando il pensiero». *Il canzoniere*. Torino: Einaudi, 1961. [Traducción del poema citado: Macarena García Moggia]
- Safo. «Gracias querida mía...». *Ahora mientras danzamos*. Versión de Soledad Fariña. Santiago: Pequeño Dios Editores, 2012.
- Scarabelli, Sonia. «Orión». *El arte de silbar*. Buenos Aires: Bajo la Luna, 2014.
- Sharif, Solmaz. «Vulnerability Study». *Poetry*. Jun. 2014. [Traducción del poema citado: Mónica Drouilly Hurtado]
- Silva, José Asunción. «Nocturno III» en «La primera versión del Nocturno de José Asunción Silva». Por Héctor H. Orjuela. *Thesaurus 1*. Tomo XXXIX, 1974.
- Strittmatter, Eva. «Nube». *Yo sola me basto. Antología poética*. Selección y traducción de Izaskun Gracia Quintana. Madrid: La Señora Dalloway, 2019.
- Szymborska, Wislawa. «Amor a primera vista». *Poesía no completa*. Traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Tsvietáieva, Marina. «Me gusta saber que no estás loco por mí...». *Noche mía, rival mía*. Traducción de Natalia Litvinova. Buenos Aires: Editorial Llantén, 2019.
- Valente, José Ángel. «Como cristal, como crustáceo o larva...». *Al dios del lugar*. Madrid: Tusquets, 1989.
- Varela, Blanca. «Bodas». *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Vilariño, Idea. «Ya no». *Poesía completa*. Barcelona: Lumen, 2016.
- Villalba, Susana. «El cangrejo ermitaño». *Matar a un animal*. Buenos Aires: Bajo la Luna, 1997.
- Watanabe, José. «La mantis religiosa». *Poesía completa*. Valencia: Pre-Textos, 2008.

«Solo aquellos amantes que no eligieron en absoluto / pero fueron, por así decirlo, elegidos / por algo invisible / y poderoso e incontrolable / y bello e incluso posiblemente / inapropiado— / solo aquellos saben de qué hablo / en esta conversación sobre el amor», escribió Mary Oliver. Para *Amor. Antología colectiva de poesía*, 50 autores escogieron 50 poemas de amor o fueron escogidos por aquellos poemas que conservamos y anotamos en los márgenes de páginas de libros, cuadernos, papeles sueltos y cartas. Las palabras que amamos y que copiamos alguna vez para que otro leyera lo poderoso, incontrolable, bello e inapropiado.

BISTURÍ 10




9 789560 922427